



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

septiembre/octubre 2021

Índice n° 5/2021

- | | | |
|----|---|------------------------|
| 2 | La unidad: ¿Qué es? y ¿la estoy confesando? | <i>C.H. Mackintosh</i> |
| 6 | La carne | <i>G.C. Willis</i> |
| 7 | La despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso | <i>Ph. Lügt</i> |
| 12 | ¡Permaneced en mi amor! | <i>Näher zu Dir</i> |
| 13 | Siete exhortaciones | <i>H. Smith</i> |

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

La unidad: ¿Qué es? y ¿la estoy confesando?

(Viene de la página 16 del n° 4.2021)

Ezequías (2 Crónicas 29-31)

Este capítulo 29 contiene el mismo principio que vimos en el precedente relato. “Mandó el rey hacer el holocausto y la expiación”; pero ¿por quién? ¿Por Judá y Benjamín? No. “Por **todo Israel**” (v. 24). Ezequías asume su posición sobre el mismo terreno elevado que Elías había ocupado en sus días. Las diez tribus estaban separadas de las dos, y las cosas iban de mal en peor. Pero Ezequías hace lo mismo que Elías y actúa con la misma fe. Aquí no se trata de la medida de inteligencia, se trata simplemente de la fe en la verdad de la perfecta unidad de Israel ante los ojos de Dios, lo cual es uno de los rasgos más preciosos del tema que tenemos ante nosotros. Es la fe simple contemplando esas palabras que brillan como piedras preciosas en Levítico 24: “estatuto **perpetuo**”, un “pacto **perpetuo**” (v. 3, 8). Aquí no se trata de la conducta de Israel frente a Dios —sin ninguna duda esto tiene su lugar y su importancia—, tampoco estamos hablando ahora de las deficiencias

del hombre, sino de los tratos de Dios; no del fracaso de Israel, sino de la fidelidad de Dios. Es nuestro privilegio estar en el santuario de Dios y contemplar con los ojos de la fe esas doce tortas sobre la mesa de oro a la luz de las siete lámparas del candelero de oro, figura del testimonio del Espíritu Santo.

¿Y qué establece ese testimonio? A lo largo de las oscuras y lúgubres vigilias de la noche de la nación, Dios ve a las doce tribus en su perfecta unidad, sin ser perturbada por todas las convulsiones, sacudidas y agitaciones de las naciones... La fe tiene que ver con las realidades eternas. Se sostiene como viendo al Invisible. Mira las cosas hasta dentro del velo. Hace de Dios su figura significativa, y de ningún modo se conmueve por las apariencias externas. En una palabra, la fe conoce a Dios y puede confiar en Él para todo. La fe es el conocimiento de Dios, es la confianza en Él. Preciosa realidad; que podamos tener esta fe simple en Dios, la cual conducirá nuestra alma a través de todo tipo de circunstancias, la misma fe que sostuvo a Elías en el monte Carmelo, que permitió a Ezequías mandar que el holocausto y la expiación fueran hechas “por todo Israel”, es decir, el sacrificio que iba a ser el fundamento de todas las esperanzas de la nación, el sacrificio que debía abrazar a todo el Israel de Dios.

Ahora bien, en referencia a las acciones del buen rey Ezequías, veamos cómo fue considerada su fe; notemos cómo él procuró y buscó, según su medida, cumplir de forma práctica la verdad de Dios. Hacemos bien en recordarlo, ya que Ezequías no se contentó con ofrecer el sacrificio “por todo Israel”. No sólo restableció el terreno sobre el cual el pueblo de Dios podría congregarse, sino que **procuró reunir-lo allí**. Además podemos observar cómo hizo esto: “Y determinaron hacer pasar pregón por todo Israel, desde Beerseba hasta Dan, para que viniesen a celebrar la pascua a Jehová Dios de Israel, en Jerusalén; porque en mucho tiempo no la habían celebrado **al modo que está escrito**. Fueron, pues, correos con cartas de mano del rey y de sus príncipes por **todo Israel** y Judá, como el rey lo había mandado, y decían: Hijos de Israel, volved a Jehová el Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, y él se volverá al remanente que ha quedado de la mano de los reyes de Asiria. No seáis como vuestros padres y como vuestros hermanos, que se rebelaron contra Jehová el Dios de sus padres, y él los entregó a desolación, como vosotros veis. No endurezcáis, pues, ahora vuestra cerviz como vuestros padres; someteos a Jehová, y **venid a su santuario, el cual él ha santificado para siempre**; y servid a Jehová vuestro Dios, y el ardor de su

ira se apartará de vosotros. Porque si os volviereis a Jehová, vuestros hermanos y vuestros hijos hallarán misericordia delante de los que los tienen cautivos, y volverán a esta tierra; porque Jehová vuestro Dios es clemente y misericordioso, y no apartará de vosotros su rostro, si vosotros os volviereis a él” (2 Crónicas 30:5-9).

Este fue un llamamiento muy conmovedor y poderoso. Ezequías se encontraba en el terreno más elevado y deseaba que los demás hicieran lo mismo. Él mismo estaba conscientemente en el fundamento de Dios y deseaba que otros lo ocupasen con él. Su ojo estaba puesto en el Dios de Abraham, en la tierra de Israel, en Jerusalén y en toda la nación, el pueblo de Dios. A juicio de muchos, podría parecer presuntuoso por parte de Ezequías presentar un lenguaje tan elevado, hablar como si él y los que con él estaban fueran los únicos en lo correcto y todos sus hermanos equivocados. Pero esto dependería enteramente del espíritu con el que se recibieran y fueran leídas las cartas. Para el orgullo y la autosuficiencia, tal llamamiento sería absolutamente intolerable; pero donde había verdadera contrición y humildad, se recibiría con una aprobación cordial. Así, de hecho, resultó, como leemos en la escritura que tenemos ante nosotros. “Pasaron, pues, los correos de ciudad en ciudad por la

tierra de Efraín y Manasés, hasta Zabulón; mas **se reían y burlaban de ellos**. Con todo eso, algunos hombres de Aser, de Manasés y de Zabulón **se humillaron**, y vinieron a Jerusalén” (v. 10-11).

Esto será siempre así. La fe y sus acciones recibirán las burlas de los que están en un terreno falso, los que andan a la luz de su fuego, y de las teas que encendieron (Isaías 50:11). Pero el corazón contrito y humillado recibe la bendición que siempre fluye de creer a Dios y a su Palabra actuando sobre Su verdad eterna.

Aquellos que se inclinaron humildemente al llamamiento de Ezequías se reunieron en el fundamento de Dios. Ellos no dijeron: «Es en vano situarse en este fundamento tan elevado comparado con la condición actual de la nación. Es el colmo de la locura y la presunción que Ezequías intente llevar a cabo tales principios en medio de la desesperante ruina de esta dispensación». No; ellos “se humillaron” y vinieron a Jerusalén. Con verdadera humildad en su mente, se reunieron para llevar a cabo el propósito de Dios, es decir, celebrar la pascua.

Y, ¿cuál fue el resultado? ¿Fueron decepcionados? No; se les permitió probar de aquellas ricas bendiciones concedidas en los días más brillantes y prósperos de la nación. “Así los hijos de Israel que estaban en Jerusalén celebraron la fiesta

solemne de los panes sin levadura por siete días con grande gozo; y glorificaban a Jehová todos los días los levitas y los sacerdotes, cantando con instrumentos resonantes a Jehová. Y habló Ezequías al corazón de todos los levitas que tenían buena inteligencia en el servicio de Jehová. Y comieron de lo sacrificado en la fiesta solemne por siete días, ofreciendo sacrificios de paz, y dando gracias a Jehová el Dios de sus padres. Y toda aquella asamblea determinó que celebrasen la fiesta por otros siete días; y la celebraron otros siete días con alegría... Se alegró, pues, toda la congregación de Judá, como también los sacerdotes y levitas, y toda la multitud que había venido de Israel; asimismo los forasteros que habían venido de la tierra de Israel, y los que habitaban en Judá. Hubo entonces gran regocijo en Jerusalén; porque desde los días de Salomón hijo de David rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén. Después los sacerdotes y levitas, puestos en pie, bendijeron al pueblo; y la voz de ellos fue oída, y su oración llegó a la habitación de su santuario, al cielo” (2 Crónicas 30:21-27).

Esta es entonces la respuesta de Dios a la fe de Ezequías, porque el Señor Dios nuestro nunca ha defraudado a un corazón que cuenta con Él. Estos catorce días de gozo, recorridos por la congregación durante la fiesta pascual, nos presentan

la prueba más amplia de la realidad cuando se cuenta con el Dios vivo, a pesar de todos los fracasos y la ruina que siempre han marcado la historia del hombre y sus caminos. “Porque desde los días de Salomón hijo de David rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén” (v. 26). Dios puede llenar los corazones de su pueblo con gozo, acciones de gracias y alabanza, aunque todo alrededor se caracterice por la confusión y la desolación.

Y, se debe recordar —sí, para que nunca sea olvidado— que todo este gozo y esta bendición puede muy bien existir aun con el sentido más profundo del fracaso y la infidelidad del hombre. De hecho, siempre se encontrarán juntos. Por lo tanto, en el caso de Ezequías, lo vemos reconociendo plenamente la verdadera condición práctica de la nación. Esto se ve por el hecho de que la pascua fue celebrada en el mes segundo en lugar del primero. “Entonces sacrificaron la pascua, a los catorce días del mes segundo; y los sacerdotes y los levitas llenos de vergüenza se santificaron, y trajeron los holocaustos a la casa de Jehová” (v. 15). Aquí observamos a la congregación valiéndose de la gracia como se describe en Números 9:10-12. Esto presenta un hermoso orden moral. La fe siempre reconoce el verdadero estado de las cosas, pero cuenta con las amplias provisiones de la gracia divina. Ezequías sintió que el pueblo

no estaba a la altura de la norma divina, pero sabía que la gracia de Dios podría alcanzarlo donde estuviera, siempre que ocupara su verdadero lugar; por esta causa oró por él, diciendo: “Jehová, que es bueno, sea propicio a **todo aquel que ha preparado su corazón** para buscar a Dios, a Jehová el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario. Y oyó Jehová a Ezequías, y sanó al pueblo” (2 Crónicas 30:18-20).

Así fue en los días de Ezequías, y así es ahora. Había una confesión del fracaso humano y, sin embargo, apego a la fidelidad divina. Si Israel no estaba en condiciones de celebrar la pascua en el primer mes, Dios podría bendecirlo en el segundo mes. Aunque la condición de Israel no estaba a la altura de los estándares de Dios, Su gracia podía descender sobre Israel en su condición. El segundo mes no era el que estaba indicado en la ordenanza de Dios, sin embargo, siempre que hubiera una verdadera preparación de corazón, Dios podría bendecir tanto en el uno como en el otro. No sirve de nada asumir lo que no somos. Debemos ocupar nuestro verdadero lugar, y Dios puede encontrarnos allí, según lo que Él es en sí mismo. Así es cómo la fe asciende a Dios y se aferra a aquellas cosas que están de acuerdo con Su fidelidad infalible.

Por lo tanto, para aplicar nuestra ilustración, leemos en Efesios 4 que hay “un cuerpo” (v. 4) y encontramos esa verdad al lado de todas las verdades cardinales de la fe cristiana, de tal manera que si debilitamos a una, debilitamos a todas. ¿Cómo podemos sostener real y solemnemente una verdad de Dios, si permitimos que otra verdad sea anulada? ¿Creemos en la doctrina de la justificación por la fe, del pecado original y de la ruina sin esperanza del hombre? Ciertamente. ¿Creemos que hay “un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos”? ¿Por qué creemos estas cosas? ¿Porque las **sentimos**, o las vemos? No. ¿Por qué las creemos? Las creemos porque la Palabra de Dios las revela. Esta es la única base de la fe sobre cualquier verdad de la profesión cristiana, y por lo tanto, si yo rechazara, por ejemplo, la doctrina de la unidad del cuerpo de Cristo debido a las innumerables divisiones de la cristiandad, estaría juzgando por la vista (de mis ojos) en lugar de edificar sobre la verdad de Dios. Estaría razonando sobre lo que veo, en lugar de **creer** lo que Dios me dice.

Entonces, si me preguntan por qué creo en la doctrina de la justificación por la fe, respondo: «Porque está expuesta en el Libro imperecedero de Dios». Sobre la misma base, creo en la unidad del Cuerpo, la deidad de Cristo, la perfecta

humanidad de Cristo y la virtud de Su sangre. Creo en la eficacia de su sacerdocio. Creo en el hecho de su gloria venidera. Creo todas estas verdades porque están escritas en las Sagradas Escrituras. En el mismo fundamento, hay un Cuerpo y un Espíritu. Yo lo creo, pero no porque lo vea prácticamente cumplido, sino porque se declara en Efesios 4 que hay “un cuerpo”.

(Continuará)

La carne

“El deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Gálatas 5:17-18).

Algunos dicen que la carne en ellos está muerta y que ya no actúa. Pero no es así; la carne está siempre presente, y lo experimentaremos muy pronto si no tenemos en cuenta que el Espíritu Santo está en nosotros. Un hombre persistía en decir que su carne había desaparecido y que no tenía más deseos intempestivos. Alguien le tiró un vaso

de agua al rostro, e inmediatamente reaccionó encolerizado. Su carne no estaba muerta, ¡solo esperaba la ocasión de manifestarse! Usted no está bajo la ley, es decir bajo ninguna ley; no solamente bajo la ley dada por Moisés, sino bajo ninguna ley o regla que nos guste inventar para nuestra vida. Estemos seguros de esto: el Espíritu Santo no nos lleva jamás a una ley, porque la ley no da ni la vida ni la fuerza.

G.C. Willis

La despedida de Pablo a los ancianos de Éfeso

Hechos 20:17-38

“Ligado... en espíritu” (v. 22), el apóstol Pablo está en camino a Jerusalén. Tiene el deseo de estar allí, si es posible, el día de Pentecostés (19:21; 20:16). Lleva consigo una ofrenda hecha en Macedonia y Acaya. Los creyentes en estas regiones encontraron útil contribuir a las necesidades de los pobres entre los hermanos en Jerusalén (Romanos 15:25-27). El tiempo es corto. Sin embargo, Pablo permanece

una semana en Troas para partir el pan con los hermanos (Hechos 20:6). Luego, con siete compañeros de viaje, rápidamente sigue su camino.

El apóstol está decidido a no quedarse en Asia Menor, y pasar de largo a Éfeso, donde tiene tantos lazos fraternales. Al llegar a Mileto, envía un mensaje a los ancianos de la iglesia en Éfeso (v. 17). Quiere que se junten con él, para despedirse de ellos y dar sus últimas recomendaciones. En Antioquía de Pisidia se había dirigido a los **judíos** (cap. 13); en Atenas había hablado a las **naciones** (cap. 17); aquí, al dirigirse a estos ancianos de Éfeso, tiene en vista a la **Iglesia**.

Se acerca el fin de un período en la historia de la Iglesia; el apóstol sabe que pronto terminará su ministerio público. En su discurso (v. 18-35), habla sucesivamente como evangelista (v. 21), como maestro (v. 27) y como pastor (v. 31). Su mensaje aquí consta de cuatro partes, las últimas tres comienzan con la palabra: “ahora”.

Las características del ministerio de Pablo (v. 18-21)

Pablo recibió su ministerio del Señor (v. 24). Aquí recuerda la forma en que llevó a cabo su servicio. En el versículo 18 menciona su comportamiento, respecto del cual también hablará a su hijo Timoteo

(2 Timoteo 3:10; véase además Hechos 23:1). Este comportamiento estuvo a la altura de su servicio, lo cual ¡ay! no siempre es el caso de todos los siervos, y debilita su enseñanza.

“Sirviendo al Señor”, dice Pablo (v. 19). La palabra utilizada aquí se refiere al servicio de un esclavo que pertenece completamente a su amo. Este título de esclavo, Pablo y los apóstoles lo reivindicaron gustosamente. En esto imitan al Señor (Zacarías 13:5, V.M.). Pablo sirve, como sirvió el Siervo perfecto, “con toda humildad”. Él es consciente —y todos debiéramos serlo— del abismo del cual Jesús lo sacó (1 Timoteo 1:15).

Todo servicio al Señor implica dificultades y “lágrimas” (v. 19). Pablo podía decirles a estos creyentes que no había dejado de advertirles “con lágrimas” (v. 31). El Señor, nuestro modelo perfecto, también lloró (Salmo 126:5-6; Lucas 19:41; Juan 11:35).

Pablo había sufrido grandes dificultades por parte de los judíos que hacían todo lo posible para matarlo. Él siempre había buscado ganarlos para Cristo (Romanos 10:1). Aún al comienzo de este capítulo, los vemos en complot contra él, por lo que debe cambiar su ruta y volver sobre sus pasos (v. 3).

Nunca rehuyó anunciar y enseñar nada que fuese “útil” para el bienestar espiritual de los cristianos

(v. 20). En el ejercicio del ministerio, estemos atentos a lo que es edificante, provechoso para aquellos a quienes nos dirigimos. Pablo había anunciado y enseñado “públicamente y por las casas” (v. 20). Este último aspecto del servicio, a menudo se realiza poco hoy, en contraste con lo relatado al comienzo de los Hechos (véase 5:42). Tengamos esto más a pecho, ya sea para contribuir nosotros mismos o para apoyar a quienes dedican al menos parte de su tiempo en esto.

El versículo 21 menciona un aspecto de la enseñanza del apóstol; testificó, tanto a los judíos como a los gentiles, acerca del “arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo”. Todo pecador que se arrepiente debe primero dirigir su mirada hacia Aquel quien llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (1 Pedro 2:24). El arrepentimiento implica el sentimiento de indignidad y la confesión de nuestros pecados, por los que el Salvador sufrió tanto.

Las circunstancias personales de Pablo (v. 22-24)

Pablo se propuso ir a Roma, pero pasando por Jerusalén, lo cual fue un gran desvío (véase Romanos 15:23-28). Sin embargo, parece que no recibió una orden específica del Señor en este sentido; dejó que su corazón hablara. Él irá a Jerusalén,

pero como un prisionero continuará su viaje a Roma.

Pablo no buscaba su propia gloria, no se apartaba del sufrimiento y no temía a la muerte. Pero el Espíritu Santo le daba testimonio de ciudad en ciudad que prisiones y tribulaciones lo esperaban en el camino que había decidido tomar (v. 23). En el capítulo 13, el Espíritu Santo dijo sobre él en el momento de su llamamiento: “Apartadme a Bernabé y a Saulo (que se convertirá en Pablo) para la obra a que los he llamado” (v. 2). Y en el capítulo 16 vemos que el Espíritu dirige a Pablo y sus compañeros en el camino preparado para ellos (v. 6-10).

Satanás hablando de Job dijo: “Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida” (Job 2:4). Pero el apóstol se declara dispuesto a sacrificar su vida. Lo que tiene ante él es acabar su “carrera” y el ministerio que ha recibido del Señor Jesús (v. 24). La **carrera** no es simplemente la **vida**; es un viaje moral. El Señor quiere separarnos de las cosas de este mundo. Un creyente que busca aumentar sus posesiones en la tierra, que ejerce todos sus esfuerzos por las cosas terrenales, probablemente no ha dado el primer paso en tal carrera. De Juan el Bautista, a pesar de su juventud, se puede decir que “terminó su carrera” (Hechos 13:25). Él fue lleno de Aquel a quien anunció. Moralmente, cortó con las cosas de

este mundo. ¿Qué hay de nosotros? Examinemos nuestros caminos a la luz de Dios.

El apóstol concluye este versículo 24 recordando que su ministerio fue “dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios”.

Aliento para cuidar de la Iglesia (v. 25-31)

Pablo pasó entre los creyentes de Éfeso predicando el reino de Dios, es decir, Cristo como Señor. La Iglesia forma parte del reino, pero no debe confundirse con él; ella es la esposa del Rey. Este reino existe hoy **en misterio**. Mientras se espera su realización pública, el reino de Dios ya es actual para el creyente en un sentido práctico “justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

El apóstol anuncia a los ancianos de Éfeso que ya no verán más su rostro, y agrega: “Por tanto, yo os protesto en el día de hoy, que estoy limpio de la sangre de todos” (v. 26). Ya había usado una frase similar en el capítulo 18, en respuesta a la oposición de los judíos, y les anunció que desde entonces iría a los gentiles (v. 6). Expresa que su responsabilidad hacia sus auditores es completamente liberada. Su predicación en Éfeso fue absolutamente completa. Él les habló sobre el “arrepentimiento para con Dios, y de la fe en

nuestro Señor Jesucristo” (20:21), “el evangelio de la gracia de Dios” (v. 24), el “reino de Dios” (v. 25), y no ha “rehuido anunciaros todo el consejo de Dios” (v. 27), especialmente lo que se relaciona con la Iglesia, el “misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas” (Efesios 3:9).

Dios ha querido tener en su presencia hombres salvos y perfectos, pero su consejo fue ante todo en vista de la gloria de Cristo. El Enviado del Padre lo glorificó plenamente en la tierra, y su obra perfecta nos ha hecho adoradores.

Luego, Pablo dirige a los ancianos algunas exhortaciones (v. 28). Primero, deben mirar a sí mismos: tener una conducta cuidadosa y practicar la verdad para poder enseñarla. Entonces deben cuidar de todo el rebaño y proveer su alimento; tendrán en el corazón la salud espiritual de los hijos de Dios. Además, deben vigilar (v. 31), estar constantemente en guardia para poder apagar, con el escudo de la fe, los dardos de fuego del maligno (Efesios 6:16).

Las palabras “obispos” y “anciano” designan el mismo cargo. Establecidos por el Espíritu Santo, los que supervisan, deben pastorear el rebaño de Dios que está con ellos, es decir, las ovejas particularmente confiadas a su cuidado. Como dice Pedro en su primera epístola, no deben actuar por fuerza

o ganancia deshonestas, ni como teniendo señorío sobre los que están a su cuidado, sino siendo ejemplos de la grey (1 Pedro 5:1-3).

Bien alimentadas, las ovejas no serán presa fácil para los “lobos” que aparecerán. La palabra “rebaño” (v. 29) se enfoca en nuestra debilidad. Pero los creyentes constituyen “la iglesia del Señor (o “de Dios”, como dicen algunas versiones), la cual él ganó por su propia sangre” (v. 28). Como tal, ella es el objeto del favor y del cuidado vigilante del Padre y del Hijo.

En el versículo 29, el apóstol habla como profeta. Él sabe de antemano lo que sucederá después de su partida. “Entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño; y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas”. Satanás se disfraza como un ángel de luz (2 Corintios 11:14). No nos dejemos engañar por los falsos maestros; pidámosle humildemente a Dios que nos ayude a distinguirlos (Romanos 16:17-18).

Nunca se habla en las Escrituras de una sucesión de los apóstoles. Estos pusieron el fundamento, Jesucristo (1 Corintios 3:10). Y Pablo exhorta a los fieles a velar personalmente. Durante tres años, no había dejado de advertir a cada uno de ellos, noche y día, con lágrimas. ¿Mostramos un poco de la misma devoción?

Los instrumentos de Satanás a veces pueden entrar en medio del rebaño (v. 29). Pero también pueden surgir de entre las ovejas (v. 30; véase 1 Juan 2:19). Buscan arrastrar discípulos tras de sí (v. 30). Su ambición es convertirse ellos mismos en centros de reunión. Antes había falsos profetas en Israel, y hoy en día hay en medio de los cristianos “falsos hermanos” (Gálatas 2:4) y “falsos maestros” (2 Pedro 2:1-2).

A través de ellos, Dios prueba a su pueblo (véase Deuteronomio 13:3). Cuando una tal prueba viene hacia nosotros, ¿manifiesta que amamos al Señor?

El recuerdo de los recursos infalibles de la gracia de Dios (v. 32-35)

Pablo ahora presentará los recursos divinos que permanecen a pesar de la incesante actividad del Enemigo para tratar de arruinar lo que Dios ha establecido. Encomienda a todos los seres queridos, ya sean de Éfeso o de otro lugar, “a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados” (v. 32).

Si el Enemigo está activo, ¿descansemos seguros de que Dios es más poderoso que él! Cristo triunfó sobre él en el desierto y definitivamente en la cruz. La Palabra de Dios, que por gracia está siempre

en nuestras manos, es viva, eficaz y penetrante (Hebreos 4:12). Nos ayuda a combatir. Si nuestra alma está cansada, ella la sostendrá. Tiene el poder de edificarnos y salvarnos, de día en día, hasta el fin de nuestra carrera.

El apóstol ya ha dejado trazado los aspectos importantes de su ministerio. Ahora afirma que no ha codiciado “ni plata ni oro ni vestido de nadie” (v. 33). Teniendo solo motivos desinteresados, nunca deseó nada ni buscó bienes materiales. Por el contrario, se dedicó a presentar el Evangelio “gratuitamente” (1 Corintios 9:18), trabajando con sus propias manos para sus necesidades personales y las de aquellos que estaban con él. Mostró que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados (v. 35).

A veces parece desafortunado que un siervo dotado pase parte de su tiempo —un tiempo corto y precioso— trabajando en “hacer tiendas” (Hechos 18:3), en lugar de dedicar todo su tiempo a servir al Señor en el Evangelio. Tengamos cuidado de no poner bozal al buey que trilla (1 Corintios 9:9); es nuestra responsabilidad para con estos siervos. Recordemos el ejemplo de nuestro Modelo. Nuestro Maestro trabajó humildemente como carpintero hasta que cumplió los treinta años, antes de comenzar un ministerio corto e intenso de aproximadamente tres

años y medio, que debía terminar en la cruz.

Podemos hacer un paralelo entre las palabras de Pablo aquí y las del profeta Samuel hacia el final de su ministerio en Israel (1 Samuel 12:3-5). Ambos se han esforzado en velar por su conducta, y pueden, con buena conciencia, poner sus vidas ante los ojos de sus hermanos.

Una palabra del Señor mismo, desconocida hasta ahora, es citada por el apóstol: “Más bienaventurado es dar que recibir” (v. 35). Verdadera para con las posesiones materiales, esta palabra también es veraz en el sentido espiritual. Aferrémosla en nuestro corazón. Cualquiera que sea el don que se les haya confiado, el Señor mira los motivos que hacen que sus redimidos actúen. Imitemos a Aquel que dio todo para glorificar a su Padre y comprarnos por precio (1 Corintios 6:20).

El apóstol acaba de dar las últimas recomendaciones antes de su partida. Se arrodilla y ora con todos ellos (v. 36). Extremadamente conmovidos, lo besan y hay gran llanto de todos. ¡Han recibido tanto por medio suyo durante estos tres años!

Esta historia de la despedida del apóstol ha quedado para nuestra instrucción y consuelo. Recordemos el ejemplo que nos da, guardemos en nuestros corazones las advertencias que nos dispensa y

permanezcamos, como Pablo, con los ojos puestos en el Señor.

Ph. Laügt

¡Permaneced en mi amor!

“Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor” (Juan 15:9-10).

Antes de que el Señor Jesús encargara a sus discípulos de amarse el uno al otro y de dar testimonio de Él en el mundo, les ordenó: “Permaneced en mi amor”. Este es el punto de partida de cualquier crecimiento en la fe y actividad espiritual.

Tomemos aquí un ejemplo de la agricultura: Un campesino tiene en su granja miles de pollitos que van a crecer por nueve semanas hasta llegar a ser pollos. Mientras están muy pequeños, suspende lámparas en el gallinero para calentar a los pollitos como si estuvieran en un nido. Los animalitos se agolpan

debajo de las lámparas, porque desean tener el mayor calor posible.

¿No es esto una impresionante ilustración? En la medida en que nos exponemos a los rayos del amor de nuestro Señor se nos calienta el corazón para Él y se atiza nuestra fe. Él mismo nos declara como esto sucede en nuestro andar diario: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor”. El Señor Jesús nos ama a todos. Pero solo por nuestra obediencia permaneceremos bajo los rayos de su amor. Si seguimos un camino de propia voluntad y no obedecemos a la Palabra de Dios, nuestro ser interior se aleja de Él. Su amor ya no nos conmueve y nuestra vida cristiana no tiene gozo. ¡Qué lástima!

Es mucho mejor seguir el ejemplo del Señor Jesús. Durante su vida en la tierra siempre obedecía al Padre y por esto disfrutaba sin límites de su amor.

Näher zu Dir

Siete exhortaciones

Filipenses 4:1-9

Estos versículos nos presentan las siete exhortaciones finales de la epístola. Nunca han sido más

útiles y reconfortantes que en los días en que vivimos. El tiempo de la gracia está llegando a su fin, y nos enfrentamos con todo tipo de males, interiores y exteriores. Para ayudarnos a soportar estas pruebas, tenemos estas exhortaciones. Si las tomamos en serio y las ponemos en práctica, nos elevarán por encima de las dificultades del camino y nos guiarán a través de nuestras pruebas.

1) Estad firmes en el Señor (v. 1)

Esta primera exhortación pone ante nosotros nuestro gran recurso en presencia de todo lo que nos es contrario. Cuando escribió esto, el apóstol Pablo estaba en prisión. Dentro del círculo cristiano, fue atacado por hombres celosos de él, que anunciaron a Cristo por envidia y con un espíritu de contienda, pensando “añadir aflicción” contra él (1:15-17). Afuera, los enemigos querían su muerte.

Sin embargo, el apóstol no está desanimado ni vencido por la adversidad. ¿Buscan los cristianos profesantes aumentar sus aflicciones predicando por envidia? Puede gozarse de que al menos Cristo sea anunciado. ¿Quieren los adversarios que pierda su vida? De ninguna manera está aterrizado.

¿Qué lo apoyó? ¿Qué lo hizo ser capaz de permanecer firme ante tales dificultades? Puso toda su

confianza en el Señor; estaba **firme en el Señor**. Habiendo experimentado por sí mismo el apoyo de Su gracia y poder, puede dar esta exhortación a los creyentes de todas las edades.

Los que se oponen afuera, la envidia, los argumentos y la contención de los de adentro, todavía existen hoy, y aún más marcadamente que en los días del apóstol. Y la exhortación permanece: “Estad... firmes en el Señor”.

No podemos estar firmes por nuestra propia fuerza, nuestro conocimiento o sabiduría. Es por la fuerza de nuestro Señor, el que está “exaltado hasta lo sumo” sobre todo. Él tiene el poder de “sujetar a sí mismo todas las cosas” (2:9; 3:21). Así es como se pueden anular los esfuerzos del enemigo para dispersar y dividir al pueblo de Dios.

2) Sean de un mismo sentir en el Señor (v. 2)

No hay nada que sea más doloroso para el corazón y que debilita más el testimonio del pueblo de Dios que las diferencias entre quienes forman parte de él. Al comienzo del capítulo 2, el apóstol ya dio una exhortación sobre este tema (v. 1-4). Menciona la “contienda” con la “vanagloria”. Ya en presencia del Señor en la tierra, hubo una disputa entre los discípulos “sobre

quién de ellos sería el mayor” (Lucas 22:24). Asimismo, en los días del apóstol, hubo altercados resultantes de la búsqueda de vanagloria; algunos querían ser grandes entre sus hermanos. Y hoy, la mayoría de las disputas y divisiones que tuvieron lugar en el pueblo de Dios pueden reducirse a la misma causa: el deseo de ser el mayor.

El que busca la vanagloria es alguien envidioso, celoso de todos aquellos que son más espirituales o más dotados que él. Ahora “celos amargos y contención” conducen a la “perturbación y toda obra perversa” (Santiago 3:14-16).

¿Cómo podemos ser de un mismo sentir en el Señor? El apóstol deja en claro que esto solo puede suceder si actuamos “con humildad” (2:2-3). Y para que tengamos humildad, él nos dice: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (v. 5). Fue la humildad lo que lo llevó a despojarse a sí mismo para servir a otros en amor. Al «yo» le gusta que lo sirvan, y tiene un sentimiento de grandeza cuando es servido por otros. Pero al amor le gusta servir.

Si cada uno de nosotros se olvida de sí mismo, deja de buscar su propia gloria y solo busca servir a los demás con amor, siguiendo el ejemplo de humildad de Cristo, todos tendremos el pensamiento del Señor, y así “un mismo sentir en el Señor”.

3) Regocijaos en el Señor siempre (v. 4)

El apóstol ya ha señalado que hay cristianos caracterizados por la envidia y un espíritu de contienda (1:15). Algunos buscan lo suyo propio, no lo que es de Cristo Jesús (2:21). Algunos incluso andan de tal manera que son enemigos de la cruz de Cristo (3:18).

Estas cosas todavía existen entre el pueblo de Dios y bien pueden causarnos dolor y lágrimas, como lo hicieron en el apóstol.

Sin embargo, Pablo no se detiene allí. Él no solo mira a su alrededor para ver las fallas de los creyentes; él también pone la mira en las cosas de arriba para ver la gloria de Jesús. Ve a Cristo en gloria, y el premio del supremo llamamiento (3:14). Ve que Dios nos ha llamado a estar con Cristo, y a ser semejantes a Cristo en gloria. Ve el final feliz de nuestra peregrinación aquí abajo, con todas sus penas y defectos. Al considerar este glorioso final, olvida ciertamente lo que queda atrás, y se extiende a lo que está delante (3:13).

Su atención no está solo en Cristo en gloria, sino también en la venida del Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra en un cuerpo glorioso (3:21). Mirar a su alrededor puede hacerlo llorar, pero poner la mira hacia arriba y adelante

lo llena de gozo. Por eso puede exhortarnos a regocijarnos siempre en el Señor.

No podemos regocijarnos en nosotros mismos, en nuestro servicio o en nuestro caminar. No siempre podemos regocijarnos en nuestras circunstancias o en los creyentes. Por otro lado, al tener ante nosotros a Cristo que vive en el cielo y su venida para introducirnos allí, siempre podemos regocijarnos “en el Señor”.

4) Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca (v. 5)

Solo teniendo al Señor delante de nosotros, de acuerdo con las tres primeras exhortaciones, podremos poner en práctica la cuarta. Esta llama nuestra atención sobre el carácter de gentileza que debemos tener, y que todos los hombres deben ver y reconocer. En asuntos de la tierra, a menudo somos conocidos por nuestra gran confianza, por nuestras fuertes opiniones, a veces incluso por la violencia de nuestras palabras. Si nuestros pensamientos están puestos en las cosas de arriba, no buscaremos afirmar opiniones sobre lo terrenal. En cuanto a ellas, es mejor que se las dejemos a otros y que seamos reticentes a expresar una opinión.

Ya sea en el plano terrenal o en el de las cosas de arriba, tengamos

a pecho de llevar este magnífico carácter de Cristo: “la mansedumbre y ternura” (2 Corintios 10:1). Tengamos cuidado de no ser arastrados a discusiones con aquellos que se oponen, porque “el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos” (2 Timoteo 2:24). Es más importante manifestar los caracteres de Cristo que afirmar nuestras opiniones, incluso si son correctas, o defendernos, incluso si se nos acusa injustamente. Los hombres pueden oponerse a nuestras opiniones, nuestras afirmaciones o nuestra violencia. ¿Pero quién podría resistirse a nuestra gentileza?

Para alentarnos a ser gentiles, el apóstol nos recuerda que “el Señor está cerca”. No estamos llamados a tratar de volver a poner el mundo en orden. La venida del Señor está cerca, y cuando él venga, pondrá todo en su lugar.

También podemos decir, en otro sentido, que el Señor está constantemente **cerca** de nosotros, incluso si nuestro aprecio de su presencia es demasiado pequeño. Él escucha y ve todo lo que decimos y hacemos. Cuántas palabras duras o inapropiadas hemos expresado sin pensar bien, cuando nunca habrían salido de nuestra boca si hubiéramos recordado la presencia del Señor.

Los discípulos habían reprendido a las madres que trajeron a sus

niños a Jesús. El Señor, con toda su gentileza, les dijo: “Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis” (Mateo 19:14). En otro momento, en su indignación ante los samaritanos que se habían negado a recibir al Señor, los discípulos querían mandar fuego del cielo para consumirlos. Pero el Señor, lleno de gentileza, no pronunció una palabra contra los que lo rechazaron, sino que se fue pacíficamente a otra aldea.

Siempre hablemos y actuemos así, como “los mansos de la tierra” (Salmo 35:20), de modo que, si el mundo nos nota, sea por nuestra gentileza.

5) Por nada estéis afanosos (v. 6)

Esta exhortación se relaciona con las circunstancias de la vida. El apóstol es muy consciente de que, en un mundo de tristeza, necesidad y dolor, tenemos muchas pruebas que enfrentar y cargas que soportar. Pero él no quiere que todo nos aplaste el corazón. Él mismo escribe desde una prisión. Estaba necesitado. Uno de sus compañeros sufrió una enfermedad de tal manera que estuvo a punto de morir. Sin embargo, en cada una de esas circunstancias dolorosas, el Señor lo mantuvo por encima de toda preocupación. Por eso puede decir a los demás: “Por nada estéis afanosos”.

Es posible que tengamos que enfrentar pruebas en nuestra familia, en nuestro trabajo o incluso entre el pueblo de Dios. Muchas cosas pueden causar tristeza: enfermedad, falta de lo necesario, también la actitud de nuestros hermanos y hermanas. Y puede ser una carga muy pesada para nosotros que invade nuestra mente y sigue regresando.

¿Dónde encontrar descanso? ¿Es posible no preocuparse de nada? El apóstol nos revela los medios para ser librados, quizás no de la prueba en sí, sino de la carga de la prueba, para que nuestras mentes ya no estén superadas por la preocupación y la ansiedad. Él escribe: “Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias” (v. 6). Solo entonces encontraremos descanso. “En toda oración y ruego”: cualquiera que sea la prueba, grande o pequeña, compártala con Dios en oración. Díglele libremente lo que quiere: “Sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios”. Estas peticiones pueden no estar exactamente de acuerdo con el pensamiento de Dios, no ser para nuestro bien, o incluso carecer de sabiduría. Sin embargo, podemos decirle a Dios todo lo que hay en nuestros corazones.

¿Cuál será el resultado de eso? ¿Accederá Dios a todas nuestras

peticiones? ¿Eliminará necesariamente la prueba? Tal vez él vea que no sería para nuestro bien responder exactamente a nuestra solicitud o eliminar la prueba. Cualquiera cosa que haga con respecto a la prueba en sí, actuará para nuestro bien, en su perfecta sabiduría y amor. Y lo que ciertamente hará es aliviar nuestros corazones de la carga que constituye esta prueba. Si **derramamos nuestro corazón delante de él**, él derramará su paz allí, “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” (v. 7).

Así es como, en los días de antaño, Ana había encontrado la paz. En su dolorosa prueba, ella “derramó su alma delante de Jehová” (1 Samuel 1:15). ¿Cuál fue el resultado? “Y se fue la mujer por su camino, y comió, y no estuvo más triste” (v. 18). En ese momento, su situación no había cambiado. Más tarde, Dios hizo un cambio en las circunstancias de Ana, pero primero muestra que Él tiene el poder de cambiar a Ana. La aflicción de su corazón y la amargura de su alma se transformaron en una gran paz, la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, después de haber expuesto sus peticiones delante de Dios.

6) En esto pensad (v. 8)

Regocijándonos en el Señor, librados de nuestras preocupaciones,

podemos disfrutar pacíficamente de “todo lo que es verdadero... puro... de buen nombre”.

En el mundo que está lejos de Dios, estamos permanentemente frente al mal. Él está en nosotros y a nuestro alrededor. Nos ataca por todos lados. A veces tenemos que lidiar con eso, ya sea en nosotros o en otros. Pero en cualquier caso, estar ocupados con el mal contamina nuestras mentes. Y ¡por desgracia! hay una tendencia dentro de nosotros a mirar el mal innecesariamente, o estar demasiado ocupados luchando contra él.

Dios desea que encontremos placer en lo que es verdadero, honesto, justo y puro. La carne en nosotros siempre está lista para escuchar murmuraciones, palabras perniciosas, cosas malas y censurables. Por eso el apóstol nos exhorta a pensar en lo bueno. Y si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza en nuestro hermano, ¡en esto pensemos!

7) **Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced y el Dios de paz estará con vosotros** (v. 9)

Pensar en lo puro prepara el camino para una vida práctica según Dios. Pensar bien nos lleva a actuar bien. Después de exhortar a los filipenses en lo que deberían pensar, el apóstol les habla sobre su andar.

Y él les dijo: “Lo que... visteis en mí, esto haced”.

No es suficiente haber **aprendido** y **recibido** la verdad a través de los escritos del apóstol, o haberla oído de su boca y visto en su andar. Lo que hemos aprendido, recibido, oído y visto debe llevarse a la práctica en nuestras vidas. Necesitamos ser hacedores de la Palabra, y no tan solamente oidores (Santiago 1:22).

Si pensamos en lo puro y nuestra vida está de acuerdo con la verdad, si pensamos y actuamos correctamente, no solo la paz de Dios guardará nuestros corazones, sino que el Dios de paz estará con nosotros.

En todas estas exhortaciones, no hay nada que no pueda lograr el creyente más simple y más joven, por el poder del Espíritu Santo. Ninguna de estas cosas requiere un don o capacidad intelectual especiales. Constituyen la esencia misma de la vida cristiana práctica. Y son tan aplicables en estos días difíciles del fin como en los primeros días de la Iglesia, que estuvieron marcados por la frescura y el poder del Espíritu.

H. Smith

Testificando... acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo.

Hechos 20:21

Hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que tiene poder para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados.

Hechos 20:32

Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor. Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor.

Juan 15:9-10

Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos.

Filipenses 4:5-6

Novedades

- Visite nuestra nueva página internet www.creced.ch
- Desde 2021 también es posible recibir la revista Creced por **correo electrónico**. Regístrese en internet www.creced.ch (seleccionando «Contáctese») o escribiéndonos a revista@creced.ch.

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago: América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
